

## UNAS PALABRAS PARA LOS ROTARIOS

### EL DIA DE LA RAZA

Estamos próximos a celebrar otro "día de la raza" y tal vez convenga reflexionar de nuevo sobre esta antiquísima controversia, expresada una vez por E. Fischer en términos casi absolutos: "no hay seres humanos pura y simplemente, sinó seres humanos de determinadas razas o mezclas de razas". O siguiendo la glosa un tanto naturalista de Paul Ludwig Landsberg, allá por el año 1934, reafirmar: "el hombre es un ser racial a quien se ha de concebir como producto de su ascendencia física." De toda esta antiquísima controversia solo escogeremos como punto inicial de reflexión el hecho, que no podemos olvidarnos que en la personalidad humana hay una condición racial y examinar el riesgo social de esta disparidad evidente en las esencias profundas que tienen las existencias históricas ¿Que es una raza? ¿Hasta que punto somos irremediabilmente producto de una raza?

Cuando empiezan a perecer las grandes mitologías sobrenaturales que intuyen los primeros poetas de la antigüedad - la aparición del Olimpo, la formación de la tierra, la lucha de los dioses para apoderarse de los primeros cultos, la lucha de los héroes para dominar

las primeras ciudades, la destrucción de las primeras ciudades a base de un conflicto entre dioses y hombres - toda esa leyenda que cuando la reexaminamos de nuevo - nos parece una síntesis primigenia del antagonismo humano, el hombre se encuentra con la necesidad de poblar de nuevo el vacío misterioso que siente abierto sobre su cabeza, mediante la creación de nuevas mitologías, pero esta vez mitologías naturales que él cree impuestas por la propia naturaleza del hombre. Una de estas nuevas mitologías, tal vez la que logra afincarse más profundamente en la conciencia del hombre, es la mitología que se integra dentro del vacío, dentro del terror, estuviera ella contaminada de anti-naturalidad, de sobrenaturalidad. Hoy después de veinte siglos de experiencia empírica de nada nos serviría la actitud disciplente ante una realidad tan concreta. Hay que admitir la disparidad racial con la frialdad con que admitimos otros problemas del antagonismo humano. ¿Que es una raza? ¿Hasta que punto somos irremediabilmente producto de una raza?

Una raza es una peculiar atmósfera histórica mantenida por la tradición filosófica de un pueblo que se manifiesta a través de una antropología cultural, de un determinado sentido religioso para enfrentarse

con el problema de la divinidad, un idioma, un ideario colectivo para enfrentarse con el complejo social y cierta conciencia clásica, cierto sentido de la vida, que van formando las reflexiones de los pensadores, las imágenes poéticas, la interpretación de los hechos famosos de la historia particular. La antropología cultural determina la influencia en el hombre de su tarea patriarcal; el sentido religioso, la actitud del hombre frente al misterio de la creación; el idioma la transmisión y la renovación del pensamiento conceptual; el ideario colectivo, la reacción social para entenderse con la vida del grupo, inmediato; y la conciencia clásica, la dimensión de profundidad que necesita el pensamiento humano para encontrarse con el nuevo tiempo sin sentir su mundo interior dislocado por la contingencia dramática que siempre constituye el presente.

La simple enumeración de estos factores no presenta el problema de la raza con la gravedad que suele revestir en algunos momentos. El hecho que un hombre sea producto de una civilización agrícola y no de una civilización industrial, el hecho que un feligrés sea católico y no protestante, el hecho que una persona pre-

fiera hablar en su idioma y no en cualquier otro idioma, el hecho que un ciudadano tenga cierta concepción definida de las formas de sociabilidad a de las estructuras económicas, o le guste más los versos de forge Manrique o el humorismo serio de Quevedo que cualquiera otra literatura análoga, no representa ningún riesgo social contra el cual tengamos que estar prevenidos. Lo malo con estos factores constitucionales de la ideología racista, es que por un dictado oscuro del subconciante ancestral, nacido en pleno terror de sobrenaturalidad, tienden a la sublimación y a la idolatría y cuando menos lo esperamos regresamos involuntariamente a la reminiscencia fanática, al terror a la contaminación fronteriza, al miedo al extranjero, al disparate de la superioridad racial, razones todas sobre las cuales se ha mantenido esta tragedia comun de la humanidad que se llame la mitología de la raza. Lo malo es cuando el hombre no puede concebir ningun diseño para la vida de su pueblo fuera de la civilización agrícola, ningun sentido religioso fuera de su propia religión, ningun vehículo idiomático fuera de su propio vernáculo, ninguna concepción de la sociedad fuera de su sistema de clases, ninguna literatura fuera de

su propia literatura. La raza hay que convertirla en una gran atmósfera permeable por toda la experiencia del presente y por toda especulación del futuro. No se puede vivir como pueblo cerrado por la misma razón que no se puede subsistir como pueblo abierto. Cuando se pretende vivir como pueblo cerrado estamos expuestos a la sublimación y a la idolatría de nuestros vicios raciales. Cuando se pretende vivir como pueblo abierto estamos expuestos a diluir parte de las esencias más virtuosas de nuestra propia identidad.

La raza no puede ser ese valor extático con que sueña el racista. La eternidad se ha vuelto tan fluida como el propio tiempo que nos circunda. Si nosotros quisieramos vivir hoy con la virtud peculiar a un hombre del siglo dieciocho estaríamos fraguando una soledad de tal tamaño que acabaríamos por enloquecer dentro de ella. A lo mas que puede aspirar el ente racial que hay en nosotros, es a exigir la revaloración crítica de todo nuestro ancestro para ver cuales son los frutos del espíritu que merecen subsistir dentro de este paradójico presente que vive el ser humano.

Pero no hay que engañarse tampoco en cuanto a una planificación total de la vida, abstrayéndonos por completo, del trasfondo racial que gobierna la vida

interior del hombre. La raza sin duda alguna constituye también una atmósfera histórica. Lo que hay que procurar es que no produzca un hombre histórico que nos abrume con esa pesadumbre que padece el hombre histórico. Con el problema de la raza hay que bregar inteligentemente, hidalgamente, reconociendo su función psicológica, su tradición poética, sus esencias virtuosas, combatiendo su desorbitación irascible. Lo peor que le puede ocurrir a un pueblo es sumirse en un debate cruento entre racistas y arracistas. Se puede perder la serenidad de plano que necesita el problema para su transformación moderna, para su utilidad como valor eterno. La raza camina dentro del individuo como la gota de agua en la nube viajera, dijo una vez un excelso maestro en síntesis europea, don José Ortega y Gasset. En esta imagen, cuando la reflexionamos de nuevo como debemos hacer con todas las verdades, aunque sea de naturaleza poética, puede estar contenida la parábola moderna de la coexistencia de la esencialidad racial con la necesidad de la transformación cósmica, a través de un vuelo diáfano hacia una altura humanística, donde el contorno pierda existencia y la circunstancia angustia. El complejo humano gana siempre con estos debates irascibles donde el tiempo se acurruca como una esfinge para

enmudecer ante el problema insondable con que se confronta el amor en la vida de los hombres.

Hasta que puntos somos irremediabilmente el producto de una raza, fuera de las sublimaciones habituales que arrastra tras de sí la ideología de la raza, depende de nuestra capacidad para entender el universo teórico del cual formamos parte. En primer lugar, no existe como tal irremediabilidad algo que se concreta como parte heredada, o transmisión inalterable de personalidad por herencia. Fuera de algunos rasgos físicos y de algunas características generativas y degenerativas, no heredamos nada que pueda perturbar nuestra conformación esencial. No nacemos preformados en tal forma que no podamos torcer el destino biológico.

Pero somos susceptibles a una paulatina adaptación o reabsorción de una serie de costumbres, hábitos, actitudes y leyendas de cualquiera atmósfera histórica, de cualquiera tradición familiar, del sistema de ideaciones seculares que arrastra consigo el idioma. Parte de nuestra vida exterior la moldea el clima, el suelo y la tarea patriarcal. Por un proceso un poco más complejo pero no menos comprobable, a la larga, el clima, el suelo y la tarea patriarcal pasan a formar parte de nuestra vida

interior. Hasta aquí parece claro el problema de la raza. El resto de la personalidad humana le pertenece a la sociedad y a cierto profundo mecanismo de selección que pone a funcionar el hombre para moldear su propio destino psíquico.

Las tres estratificaciones seculares que determinan la gran aspiración del ser humano para vivir dentro de determinado grupo racial son (a) cierta predisponibilidad fisiológica a adaptarse o a reabsorber las mismas potencialidades o limitaciones de su antecesor genético; (b) un sistema completo de ideaciones seculares transmitido principalmente por el idioma y (c) cierta conciencia antropológica de la vida que lo rodea, que a la larga termina en sentido histórico, ya que la antropología siempre deriva hacia la historia según el certero pronóstico de Landsberg. El ente racial es un viajero del pasado a quien se le ha perdido la puerta de su porvenir. Para él el pasado tendrá siempre más sentido que el presente. Como es fácil de comprender, mientras la psicología moderna no nos diga otra cosa, ninguna de las tres estratificaciones seculares de la personalidad racista son tan irremediablemente congenitas al hombre, que perdidas todas o cualquiera de ellas hubieran el temor de una regresión a la barbarie. Sin embargo la urdimbre

trágica que los tres han tejido en el fondo mismo de la personalidad humana le ha creado un problema de tal magnitud a la humanidad que se ha convertido en un dilema fundamental para la paz del universo. Nadie es irremediabilmente el producto de una raza, pero todos somos en alguna medida, irremediabilmente racistas. La raza es como un espectro que camina con nosotros que no está dispuesta a perder la huella de nuestra pisada.

Mientras mas claro tengamos el problema ante nuestra conciencia contemporánea mejor servicio podremos prestarle a la causa de la humanidad y a la causa del hombre. Porque ésto es así es que hay que tener una gran cautela para no seguir fomentando el antagonismo humano que se esconde detrás de la concepción mitológica de la raza. Hablemos de los pueblos progenitores de la humanidad con justicia, con amor, con orgullo, pero no sigamos creando la divinidad trágica a quien hay que rendirle todo el tesoro de la humanística del cristianismo. Felizmente nosotros descendemos de un pueblo regido por un gran sentido de universalidad. Tenía razón Tito Livio cuando hablaba del sentido de universalidad del pueblo español. Parte de esa virtud la ha heredado el pueblo de Puerto Rico. Aquí el extran-

jero vive sin sentir esa enemistad sorda que produce el miedo al viajero, el terror milenario a la contaminación pagana.

España es un gran pueblo que tiene derecho a un enjuiciamiento más altruista que la simple idolatría racial. Yo mientras más lo estudio más razones encuentro para amarlo. Comparado con otros pueblos que en alguna forma tuvieron la dirección de los negocios del mundo, resulta un pueblo admirable. Comparada su filosofía de vida con las otras filosofías que produce nuestro tiempo, resulta su estoicismo, su realismo místico, su humanismo senequista un modelo envidiable para la dignidad del hombre. Creo que uno de los mejores tributos que se le puede hacer a España en un día de la raza, es proponernos seriamente a proteger en nuestra propia tierra las esencias virtuosas de la autentica españolidad. Recuerdo que hace unos días paseando por Madrid le hize notar a un madrileño mi sorpresa por no haber encontrado allí la ciudad imperial con que se topa uno en París o en Roma. El madrileño sonrió y me dijo estas palabras imborrables: - es que nosotros nunca entendimos bien eso de tener imperios, ni cuando fuimos a Italia, ni a Flandes, ni a America. Puede que algunos de nuestros reyes, o nuestros ministros, o nuestros generales concibieran la idea del

imperio tal como esta deba ser. Pero en cada soldado, en cada emigrante en cada curial mandabamos la teoría contraria. Lo que nos pasa a los españoles es que todos llevamos el anti-imperio por dentro.-

Yo no puedo pensar en ninguna otras palabras que demuestren mejor la política española en sus colonias de América. El imperio tuvo que derrumbarse porque el español llevaba el anti-imperio dentro de sí mismo.